

Gamboa, Emma. (1931). A Ester Vega. *Repertorio
Americano*, 23(16), 244.



A Ester Vega

Ester: tu recuerdo
se hace cantar.
¡Anfora morena
de orillas del mar!

Pienso tu sonrisa,
la luz del mirar.
Chispilla de estrella
que fué tan fugaz.

Las manos graciosas,
sabias en bordar,
nido, y flor de seda
para acariciar.

El leve susurro
de la voz cordial
en caracol de tiempo
murmura su mar.

Y, mujer fina,
en oro del pasar
diste el corazón
al muy bien amar.

Dejaste la vida
por otro soñar,
tu sandalia blanca
nubes puede hollar.

Luz de aurora,
musgo de paz,
marquen tu sendero
en eternidad.

Heredia, Octubre 17 de 1931.

Gamboa, Emma. (1935). A la caída de la tarde. *Repertorio Americano*, 30(20), 316.



A la caída de la tarde

Golodrinas en revuelo
danzan con las rosas de la tarde
y una algarabía de píos
se apaga dulcemente
entre las grevileas y los pinos.
En el parque de juegos
los niños cabrillean y ponen en balance
la dicha y la gracia del mundo;
en tanto el volantín gira y tintinea
cargado de júbilo.
Las casas están pintadas de crepúsculo.

Por entre el bullicio y los gorjeos de los
pájaros cruza, con grandes alas, un sosiego dorado.

La campana, corazón viejo
que de tanto oírlo no se oye,
canta el Ave María y ruega Ora pro Nobis.
En las grandes naves
arden cirios y plegarias.
El incienso se derrama por las puertas
y en el jardín de Monseñor se mezcla
con gladiolas y azucenas.
Salen de la iglesia con prisa recatada
mujeres tocadas de negro:
¡bendición para todas las casas!
Pasan las colegialas
con sus cuellos rayaditos de blanco
y un largo silencio se estira por las calles
apagando el tecleo de sus pasos.

Oh, la sosegada ciudad!
Recién llegada tuve la melancolía
del cerro de mi pueblo
y sentía el eco de mis pisadas por las losas
como en un gran convento.
Pero más tarde floreció la dicha entre las
lágrimas.
unos claros ojos me miraron
y en la ciudad tranquila
mi gran pájaro azul abrió sus alas.

Gamboa, Emma. (1939). Amor de los cantares.
Repertorio Americano, 36(14), 217-218.



Amor de los cantares

*Amor que nació virginal como flor,
creció como llama
y se dijo en canción.
Amor más vasto que el océano
y más hondo.
Que venció olas y millas,
que creyó y esperó
purificado en brasas de silencio.
Amor que conoció lechos de arena,
chozas sin más riqueza
que albas y crepúsculos.
Amor niño y pleno a la vez
como trigos bailarines y maduros.
Amor que hiló con estrellas los ensueños
y se ciñó a las sienas el casco de la luna.
También amor en las angustias
clavado a la cruz de la realidad terrestre.
Amor que supo la ternura,
la resignación y el éxtasis.
Amor que tembló y lloró
y bajó las rodillas en plegaria.
Amor divino y sin embargo
sencillamente humano.
Amor tejido con hebras vivas de la vida
y ungido de celestiales esperanzas.
Este es amor. Amor de los Cantares
más poderoso y fuerte
que la muerte.*

Gamboa, Emma. (1947). Camino bajo la lluvia. *Repertorio Americano*, 42(26), 408.



Camino bajo la lluvia

El camino satinado de aguas
y el aire empañado como un sueño.
Vamos quebrando espejos
y poniendo en huida los árboles.
Tu recuerdo se arrebuja en la llovizna
y va ovillando un pajarito
de llama y canto
entre mis pechos.
Los pasajeros anónimos
me miran con ojos lejanos.
También yo soy como ellos
anónima y lejana.
No sé qué anhela
la saeta dormida de sus ojos
y ellos no adivinan
mi estrella inmóvil
entre la fuga
de los cipreses.

Costa Rica – 1945 y 46.

Gamboa, Emma. (1932). Cangrejos ermitaños. *Repertorio Americano*, 24(4), 54.



Cangrejos ermitaños

Ermitaños niños
van en procesión:
son los cangrejitos
con su caracol.
Cúpulas y torres,
errante ciudad
de colores, ¿dónde
su capricho va?
Con la casa a cuestras
van a trabajar:
aran en la arena,
orillas del mar.
Aprisiono cinco:
voy a celebrar
lo acurrucaditos
que en mi mano están,
cuando, hacia la orilla
se van de través
y al suelo se tiran
en un dos por tres.
Por si acaso, luego
echan a correr
como así diciendo:
¡cógeme otra vez!
Versito, versillo,
verso jugueteón
del buen cangrejillo
con su caracol.

Heredia, Enero, 1932.

Gamboa, Emma. (1940). Catarata del Niágara. *Repertorio Americano*, 37(6), 90.



Catarata del Niágara

De la altura se arroja
comba y recia.
Tiene la majestad simple
de una diosa
y también el capricho.
Proclámase indomable
y en vencimiento femenino
se doblega.
Parece siempre la misma
y pasa en fuga eterna.
En cada instante
es moribunda y renacida,
simbólica de eternidad
y de mudanza.
Tambores estruendosos,
martilleando de ruidos
el espacio y el tiempo,
celebran la victoria
de la potencia indómita.

Mientras,
voces de viento y agua
desbaratada en briznas,
cantan una melodía
cristalina.

Los hombros ciclópeos de la roca
sostienen a la diosa
en su danza fantástica.
Sobre el atleta inmóvil
la danzarina elástica
apenas se sugiere.
Pero la cabellera rutilante
y bien peinada se muestra.
El viento la desgrena y alborea
en tules vaporosos.
El sol la ciñe con cintas de iris.

Gamboa, Emma. (1935). Cosecha de arroz. *Repertorio Americano*, 30(20), 316.



Cosecha de arroz

Los doce segadores
se reparten en grupos
con sus hoces bruñidas
y sus pañuelos de colores.
Cortan los tallos tostados
y van apiñando gavillas.
Luego recogen las cargas
llevando en sus hombros
los haces rumorosos
con las espigas agobiadas.
Entre las pajitas tiesas,
las granzas cascabelean
sobre las espaldas de los segadores.
Fué buena la cosecha, a Dios gracias.
La machina suelta una cascada
sonorosa y en los manteaos
van creciendo colinitas doradas.
Esta noche, amigos, vendremos a las parvas
y tejeremos un ensueño con la luna
y brindaremos con una tonada.

Ciruelas, 1934.

Gamboa, Emma. (1946). Don Joaquín. Repertorio
Americano, 42(10-11-12), 153.



Don Joaquín

*Hablemos de don Joaquín, el nuestro.
No el internacional de Repertorio
sino el que conversa con nosotros.
El que viene los viernes en autobús a Heredia.
El don Joaquín de carne y hueso.
Ese don Joaquín pausado, sobrio,
con su corazón niño. Tiene aurora todavía
en su tez, en la risa repentina,
y en la manera como cada libro vuelve a crearse en sus manos.
Aquí recogemos la miel de sus años,
el fruto maduro de su palabra.
Su verbo vestido de modestia
se ha nutrido en Salmos de David
y en canto franciscano.
Verbo nacido en este paisaje de caminos y montañas.
El paisaje es su alma.
Por él vamos en ascenso lento hasta las cumbres cósmicas.
Pero hay tiempo para detenerse en cada recodo rumoroso
por una hierba, un niño, un pájaro.
Recorremos los siglos
y saltamos de Egipto a Castilla
y de Andalucía a los Andes.
España está en su sangre, América en sus ojos,
y en la misma célula de la sangre y el nervio
trae el germen de Oriente, el lejano.
Le gusta andar acompañado.
A veces dice que viene con Martí, el Arcángel
o, según sus palabras, "con el santo patrón de América".
Predica la pedagogía Teresiana de Gabriela
y anhela un gran "mito de América, germinativo,
porque aquí nos falta una columna vertebral
que nos mantenga erguidos a través de los tiempos".
"Lo triste en un país es su orfandad de santos,
de sabios, de mujeres estéticas".
Escuchamos a este maestro del espíritu.
"El que escucha, ausculta, busca el corazón.
El que sabe escuchar, sabe querer".
Es así que don Joaquín es nuestro.*

Gamboa, Emma. (1939). El abuelo. *Repertorio Americano*, 36(14), 217-218.



El abuelo

*El abuelo ya llega a los ochenta.
Se parece al Santo Carpintero
en que es carpintero y es santo.
Yo lo llevo a la villa de la mano,
y tardamos mucho
porque en cada isla de sombra nos sentamos.
Abuelo saca el eslabón de caballito dorado,
lo desarrolla como una coral mansa,
hace no se qué prueba mágica,
una estrella brota de su mano
y en ella enciende su tabaco.
Yo me como las flores agritas del manzano,
duermo las hojas de la sensitiva
y me asomo a un nido de puntillas
para ver si los huevos son pintados.
El abuelo sonrío, masca y me apresura
con golpecitos menudos de su palo.
Nunca me ha contado un cuento
ni me ha dicho un cantar como la abuela.
¡Se pasa tan callado!
Pero a mí también me gusta mascullar el silencio
y juego a pensar casos extraños.
—“Si de pronto ese palo floreciera
en lirios... No sería raro
porque al abuelo sólo le falta la barba
para ser santo de un cuadro.
Oh!, sólo la barba no, también el manto,
pues él usa banda roja y pantalón engomado.
Lástima que ya se murió el caballito blanco
en que venía los domingos al mercado:
me llevaría sentada por delante*

*y nos tragáramos el camino colorado.
O no, mejor vendríamos muy despacio,
al gusto del caballo,
y por regustar nosotros el camino,
a él lo dejaríamos golosear en los cercados.
Yo gozaría viendo la maña de los campesinos
para dejarte vacío el saco.
(Abuela dice que de bueno no sirves
y que todo se te va de la mano).
...¿Y si nos perdiéramos?
Quizá llegaríamos a la piedra del encanto
y lograríamos ver al Gallito de Oro.
!Qué hallazgo!”*

—¿Verdad abuelo?

—¿Qué, hijá?

—Oh, mira, mira los tejados.

Aquél es el de casa.

Y la torre de piedra ... y el palacio.

*Abuelo, ¿es cierto que tú ayudaste
a levantar la iglesia?*

—Sí... estas rústicas manos.

*Y el abuelo se sienta de nuevo
y su mirada, que tiene luz y niebla,
se posa en los techados
como una golondrina fatigada.*

Yo le digo:

*—Abuelo, vamos andando,
ahí no masito está la casa.*



Gamboa, Emma. (1935). Espiga perdida. *Repertorio Americano*, 30(20), 316.



Espiga perdida

Sacudamos este sopor,
esta ausencia del alma
que se va en busca del imposible,
(oh, la montaña lejana)
y vamos a vagar por el pasto.
Enero ha florido los llanos
de azul y amarillo.
El viento baraja un tesoro
en los jarales de oro.
Mariposas de gualda
tiemblan sobre los ramos
de Santa Lucía.
Rodaremos en las parvas
y luego con las pajas
tejeremos canastillas.
Mira una espiga perdida,
parece un rabito triste
y las granzas, lágrimas de sequía.
Mi amiga, me vuelvo a la sombra,
los ojos cerrados, el alma fugitiva.
Si yo no estoy en esto
sino allá muy lejos,
en las azules colinas.
Aquí soy una espiga perdida.

Ciruelas, 1934.

Gamboa, Emma. (1945). Estampas de Guatemala.
Repertorio Americano, 42(8), 120.



Estampas de Guatemala

PRIMERA ESTAMPA

*Fondo de suavidades,
celeste y esmeralda.
Va una hilera de indios
por la calle empedrada
con un ritmo de siglos
impreso por las cargas.
Todos van silenciosos,
en marcha apresurada.
El hombre lleva ponchos
o tinajas tatuadas
en torre inverosímil.
La mercancía es cara,
pero él va en humilde
vestidura de manta.
La mujer marca el ritmo
en la cadera de ánfora,
con su niño de arcilla
ovillado a la espalda.
No se mueve su rostro
de aceituna rosada;
sólo el güipil bordado
nos dice de su alma
niña, que ama los pájaros,*

*los patitos, el alba
en oro, la hierba
y el cono de montaña.
Prestigia su cabeza
una cesta colmada
de pavos irisados
o de flores moradas,
quizá un ramo de novia
o rosas y albahaca.
Si rosas, va al mercado
de flores. Deshojadas
las vende en primorosa
canastilla de paja.
Las compra un indio triste
para alzar su plegaria
el domingo en el templo,
en un ritual de cirios,
entre rosas, incienso
y místicas palabras.
Decoración polícroma,
calor del panorama:
hilerita de indios
por la calle empedrada.*

SEGUNDA ESTAMPA

*Fondo de suavidades,
celeste y esmeralda.
Morena, tez de flor
asoma a una ventana.
La casona de adobe,
con la cal, remozada,
techo de tejas rojas
y gran puerta tallada,
en ventanal de rejas
añora serenata,
claveles y mantilla,
romances y guitarra.
En el patio está ardiendo
el geranio escarlata.
Las anchas galerías
están hoy alfombradas
con follaje de pino.
Vuelca su fragancia
un ciprés capuchino
y tiene canto el agua.
En búcaro de piedra
aquí aún canta España
Las palomas del Angelus*

*se riegan en bandadas.
Va la niña moruna
a la voz de campanas.
Pasa por entre ruinas
de gravedad romántica;
un detalle corintio
le abre en flor, el alma.
En fantasía barroca
florece las fachadas.
En un templo de piedra
de jambas bien labradas,
hay vírgenes de cedro
en altares de plata.
Va más allá la niña
a la voz de campanas.
Capilla del milagro
busca, donde descansa
el buen Hermano Pedro.
Humildad franciscana:
frente a un cirio de cera
la niña se hace blanca.*



Gamboa, Emma. (1935). Evocación. *Repertorio Americano*,
30(20), 316.

Evocación

Madre: todo despierta
cuando tú te levantas:
como el sol en el mundo
eres tú en nuestra casa.
Por las puertas abiertas
da buenos días el alba,
las cortinas ondean,
el chorro de agua canta.
Inicias tu faena
dando aliento a la llama
y luego a todo atiendes
con gracia reposada.
Tiendes sobre las piedras
los abanicos de palma
y en la piñuela verde
la ropa almidonada.
De tus manos el pan,
la cajeta aromada
y, alguna vez dichosa,
las arepas doradas.
¡Cómo rindes el tiempo!,
ya tienes preparada
la cura del tabaco
con clavos y jamaica.
Y, todo bien dispuesto,
te sientas a la máquina
a coser los sombreros
para fin de semana.
Alrededor tus hijos
con su rollo de pajas
apuestan a quién trenza
primero las diez varas.
¡Se mueven tan alegres
las ruedas y las pajas!
Tú eres la más ligera:
gira, gira la blanca
copa y va creciendo
como una luna, el ala.
Llevan caracolillo
los más caros, el ala

ancha, alta la copa
y cinta de gro clara.
El próximo domingo
irá a misa cantada
el crujiente sombrero
de palma barnizada.
La loquita Rogelia
que a veces duerme en casa
y que sabe romances
y mil adivinanzas,
maldice de la vida
como de hiel amarga;
pero a ti te bendice
y tus manos alaba.
Cuando anochece, madre,
aún tus manos trabajan;
yo me siento a tu lado,
cabritilla cansada.
Te pregunto tu historia
y, con voz resignada,
parece que me llevas
por veredas extrañas.
Veo mi abuelo barbudo
y mujeres delgadas,
rocas y ríos de oro,
bosques en niebla blanca.
El padre va buscando
lo que nunca se halla,
la mujer con el hijo
en los brazos, callada.
“Era duro de piedras
el camino”. Y tallada
en piedra azur te miro
hasta los cielos, alta.
Eres la mujer fuerte,
madre mía, amada,
espiga contra viento,
sobre tormenta, alas.
Arrullada de grillos,
quietecita en la cama,
miro como soñando
la escena iluminada.
Esa silueta fina.



es mamá: bien peinada,
la blusa de cuello alto,
el delantal de guarda;
menuditos los pasos,
drechita la espalda,
despejada la frente
y limpias las palabras.
Mujer de fortaleza

y ternura callada:
María...! ¿Y qué nombre
de mayor alabanza?
En sueño que no es sueño
veo tres doncellas diáfanas:
para ti una corona
sus manos enlazadas.

Heredia, 1934.





Hormiguita

El cuento más lindo
les voy a contar:
el de la hormiguita
que quiso casar.

Era la hormiguita,
doncella cabal.
en lo hacendosita
no tiene rival.

Se baña, se viste,
toma su café,
dobla las cobijas
se pone a barrer.

Barriendo temprano, —
ris, ras, ris, ras, rás,
un día se encuentra
un diez de verdad.

Como una campana,
li ra, la ra lí,
baila con la escoba
y salta feliz.

—”Con este diecito,
ti rin, ti ri rán,
¿qué va la hormiguita,
Señor, a comprar?

“¿Compro caramelos?
¡Ay! no puede ser,
tal vez la barriga
me vaya a doler.

“¿Si comprara mangos,
piña, marañón?
¡Oh, no! me hacen daño
para el corazón.

“Compraré una cinta
a un rayo de sol
y a la mariposa
polvos de ilusión...”

Va, compra se arregla
y, vuelta un primor,
se para en la puerta
a esperar amor.

Pasa el buey amigo,
viejo solterón,
y dice: —“Hormiguita,
dame el corazón”.

Ella le contesta:
—“¿Cómo cantas tú
para enamorarme?”
y él le grita:—“Muú!”

—”Ay, no! que me asustas,
no quiero casar”.
El buey su amargura
se pone a rumiar.

Viene un galgo fino,
gentil ladrador,
y a tan bella dama
requiebra su amor:

—”¿Cómo me enamoras?”
—“Guáu, guáu!” ¡Qué pesar!
Hormiguita quiere
más dulce cantar.

Se va nuestro galgo,
pero llega aquí
el gallo diciendo:

—“¡Qui qué ri, qui qué!”
De bronce la cresta,
de oro el clarín;
pero la hormiguita
no lo quiere oír.

Se aturde, se aturde,
y dice al galán:
—“Caballero, siento
no poderle amar”.

Ratón Pérez llega.
¡Miren qué gentil:
Bigotillos largos,
mameluco gris!

—“De pedir su mano
tengo el gran honor.
Ratoncito Pérez,
su fiel servidor”.

A novio tan fino,
¿quién dice que no?
—“Mi manita negra
tome usted, señor”.

Les da serenata
el grillo cantor:
Llega a las estrellas
su canto de amor.

Los casa, —en la ermita
de San Caracol,—
vestido de oro,
el cura abejón.
—

Bueno, ya casados
la vida es igual
y a misa de tropa
la señora va.

Y dice a su esposo:
—“Te ruego, ratón,
cuidarme la olla
que está en el fogón.

Con cuchara grande
habrás de mover
y no con pequeña.
Hasta luego, pues”.

¡Pobre ratoncito:
Desobedeció
y se fué de bruces
en la olla de arroz.

Vuelve la hormiguita:
—“Amigo ratón,
corre a abrir la puerta
que aquí vengo yo”.

¡Nada!—“¡Upe!”—¡Nada!
—“¡Dios mío! ¿Qué pasó?
¡Pérez, maridito,
abre por favor!”

Viene el carpintero:
Pic, pac, pic, pac pác.
Abre y la hormiguita
sabe la verdad.

Se sienta en la puerta—
llorar y llorar.
Viene un pajarito
a la consolar.

—“Me corto el piquito
por tu padecer”.
Lo ve la paloma
y dice:—“¿Qué es?”

—“Ratoncito Pérez
en la olla cayó:
Hormiguita llora
y lo siento yo”.

—“Pues yo, la paloma,
lo lamento más:
me corto la cola
para el funeral”.

—“¿Por qué, palomita,
su cola cortó?”
—“Porque Ratoncito
en la olla cayó”.

—“Yo que soy su amigo”,
dice el palomar,
“por tan triste nueva
voyme a derribar”.

Y dice la fuente:
—“¿Qué haces, palomar?”
—“Es que a Ratoncito
ya no veré más”.

—“Pues yo, fuente clara,
me pongo a llorar”.
Su cántaro trajo
la infanta a llenar:



—“¿Por qué, fuente clara,
te has puesto a llorar?”

—“Porque la hormiguita
ya viudita está”.

—“Pues yo, el cantarito,
en trizas me haré

y al río por agua
jamás volveré”.

Y yo que lo cuento
dejo de contar,
me meto a un huequito
y no salgo más.

Heredia, Costa Rica, 1932.



Gamboa, Emma. (1939). Instante. *Repertorio Americano*,
36(14), 217-218.

Instante

*Ella tenía tesoros, más tesoros
que la pedrería derramada
entre las hojas recién nacidas
de los olmos.*

*Una mañana,
era cielo azul y mar con traje de mil luces,
abrió su alma a otra alma
que era como un huerto
de frutos dulces,
y el amor atravesó como una flecha
los corazones vivos.*



Gamboa, Emma. (1939). Invierno. *Repertorio Americano*,
36(14), 217-218.

Invierno

*La tierra es pura en el invierno
y tiene la belleza casta de una virgen.
Los árboles, mártires desnudos,
quiebran la tarde azulosa
con sus rígidas siluetas de silencio.
Pero su martirio de ramas heridas
tiene un velo piadoso:
alada, temblando de leve
la nieve
prende su candor
en las marañas negras.
También mi corazón
conoce del invierno
y tiene su árbol
con las ramas desnudas
tendidas a los cielos.
Puro como la tierra,
recibe en quietud
este baño
de menudas estrellas.*



Gamboa, Emma. (1939). La abuela. *Repertorio Americano*, 36(14), 217-218.



La abuela

1

*Abuela lee en un libro grueso
de meditaciones.
El reloj, palpitación del tiempo,
y los anteojos oxidados,
participan de su místico
contentamiento.*

2

*Mientras lava los trastos
canta. Su voz velada
es del raso de los oropes
que adornan los altares.
Canta loas a la Virgen
y alabados
al Santo Sacramento.*

*El cañaveral agita panderetas.
Están de rodillas los hitavos.*

3

*Una mañana nos dijeron:
"Que abuelita se muere!"
Y a pie, por los caminos
de invierno,
fuimos a la hora sagrada
de su muerte.*

*Cuando llegamos, la casa
olía ya a cipreses.
La abuela estaba quieta,
con las manos cruzadas.
El viejito, sentado
en el taburete de cuero,
repasando en silencio
las cuentas del rosario.*

4

*Cada alma tiene el cielo
que en la vida soñara.
Abuela,
en el tuyo te esperan
ángeles con arpas.
Pasaste tu vejez blanca
contando en oraciones
los días.*

*Ahora,
en los jardines celestiales,
florecen los rosales
de tus Avemarías.*

Gamboa, Emma. (1946). León Felipe en Costa Rica.
Repertorio Americano, 42(15), 232.



León Felipe en Costa Rica

León Felipe,
el poeta de la voz de llama,
ha llegado a esta casa.
Su verbo de vientos
está aquí, íntimo en nuestros oídos.
Verbo del salmo en rebeldía
escrito con el aura y el relámpago.
Trae rumor de tres mundos,
el antiguo, el de ahora, el de mañana,
en su caracol de música;
viejo caracol de roca
con rumor de aguas vivas
—aguas salobres de sollozo y gemido
que suben a la nube
y quiebran a la luz en siete rayos.
En su caracol de cantos
resuena el oleaje de los siglos.
Trae el llanto de Job
clavándose como flecha de centella
en el oído de Dios.
Trae la voz de trueno de Jonás
resucitada en el desierto.
Se ha echado al hombro
la herrumbrada lanza
y anda por el mundo viviendo la metáfora
de “Nuestro Señor Don Quijote”.
Con su perspectiva de distancias
alcanzó a ver a Walt Whitman,
encina más alta que las Rocallosas
que, por grande y cercana,
no ve bien el sajón todavía.

Lo vió León Felipe
llamándole con el pañuelo de la hierba
y él le ofreció su ancha pluma castellana
y su corazón universal.
Abraza la llama de Walt Whitman
porque es su llama.
Sangre encendida, poesía.
Poesía de la tierra y de la estrella
que germina en el humus,
se hace fronda de cantos
y da semillas con alas
que viajan más allá de los pájaros.

¡Alegría! ¡Alegría!
Pero León Felipe va más hondo:
nos funde en el crisol de sus angustias
donde él es metal y combustible
para extraer el oro mínimo
oculto en nuestra sombra.
León Felipe, este poeta del éxodo,
peregrino de la España fiel a su destino,
este poeta de España
y de la España resucitada,
como él dice, en América,
es el poeta rebelde en clamor de la Luz.
Sus palabras rompen la tiniebla
con una lágrima de fuego.
Poeta de la Luz, única manera de clasificarlo.
No es el poeta del pobre ni del rico,
del industrial o el proletario.
Es el poeta por la justicia
sin clase, ni fronteras.
Es el poeta que cree en Dios
y con Dios habla, a su manera.
Poetas sin fórmulas ni partidos.
Poeta del Hombre.
Hombre él mismo.

En la Escuela Normal de Costa Rica. Junio de 1946.



Gamboa, Emma. (1940). Mis esmeraldas. *Repertorio Americano*, 37(6), 90.



Mis esmeraldas

Prendidas tengo en el pecho
mis dos esmeraldas claras.
Son tan tiernas y pequeñas
que nadie al pasar mirara,
sus remansos de silencio
sólo conoce mi alma.
Con la seda de los tréboles
y la inquietud de las palmas;
con aguas de manantiales
en musgos apaciguadas;
con tristecitas de Octubre
entre las ramas mojadas
y júbilos de Diciembre
sobre las frondas doradas;
con el cristal del rocío
escondido de mis lágrimas;
con canciones que arrullaron
las verdes olas saladas;
con todo eso y el poder
de ternura enamorada
se hizo el milagro divino
que sólo sabe mi alma.
Dulce quietud verde-mar!
Tierna aurora aprisionada!
Prendidas tengo en el pecho
mis dos esmeraldas claras.

Ohio, Enero de 1940

Gamboa, Emma. (1947). Para Alberto Velázquez, este poema... *Repertorio Americano*, 42(27), 423.

Para Alberto Velásquez, este poema...

*Alberto: va esta voz a encontrarle,
esta tierna paloma que ha soltado Ud. en mi alma.
Va por la vía láctea de su verso,
de estrella en estrella,
hasta esa casa de una noche dulce.
Ramaje de los cantos,
casa mía.
Casa de la comunión,
posada celeste.*

*Desdoble mi libro de espejos
y recobro el instante.
Aquí estamos.
Venimos del aire azul
con un paisaje errante entre los ojos:
montes, ciudades,
y nubes, nubes, nubes,
Nafragio de colores,
serpentina escapada,
metáfora sostenida en el vacío,
si el corazón fuera no más una hoja al viento,
si el corazón no anclara en algo.
Pero esta casa cordial es tierra firme,
puerto inefable.*

*El vino de esta noche es su palabra, Alberto.
Isaac Felipe escucha
descansando un océano de música ocultas
en pleamar.
Mi corazón es cáliz alto
entre líneas magnéticas.
No sé si el verso va naciendo en mí
o si es su voz la que distiende
un árbol estelar entre mis nervios.
Tres rumbos encontrados,
un instante puro
y se ha creado algo profundo
con un nombre sencillo:
amigos.
Alberto: ha soltado Ud. palomas
de seguro regreso.*



Gamboa, Emma. (1940). Posees una llave mágica...
Repertorio Americano, 37(6), 90.



Posees una llave mágica...

Posees una llave mágica
de una puerta de oro
en una morada celestial
que es sólo tuya.
Allí vino puro se guarda
en ánfora intacta.
Una llamita azul
como una estrella
tibia y fiel alumbra.
Canciones suaves
de serenas ternuras
en la soledad esperan
el nido de una alma.
Posees la llave mágica
pero la tienes olvidada.

Ohio, Enero de 1940

Gamboa, Emma. (1939). Primavera. *Repertorio Americano*,
36(14), 217-218.



Primavera

*Se abren las yemas
en temblorosas alas vegetales
y el corazón renace
a vida nueva.*

*La tierra esmeralda
y el alma estremecida
en esperanza.*

*Colinas
amanecidas en verde
salpicadas de florecillas.*

*Los pájaros enamorados
hacen trizas de música
el aire.*

*El pensamiento
también vuela y canta,
renacido.*

Gamboa, Emma. (1947). Rosa inquebrantable. *Repertorio Americano*, 42(26), 408.



Rosa inquebrantable

Hoy entiendo el vuelo herido
y la flecha sangrante,
el ala inválida,
el tallo mutilado,
la flor muerta,
la catedral derruída
y la campana muda
el camino sin huella
bajo el moho del silencio.
Conozco el balido huérfano
en la media noche,
el camino sin huella paralela,
la mortaja de la luna
y mi sombra.
Entiendo las palabras áridas,
desierto, olvido, nunca,
y la última: lápida.
Lápida
¡Y aún arde este corazón!
Rosa inquebrantable,
mas rosa en lo yerto.

Costa Rica – 1945 y 46.

Gamboa, Emma. (1940). Sé paciente, amigo... *Repertorio Americano*, 37(6), 90.



Sé paciente, amigo...

Para Gabriel Jiménez.

Sé paciente, amigo:
no es eterno
el invierno
ni es vana
la esperanza.
Traerá la golondrina
oculta entre sus alas
la primavera,
y tu tierra morena
florecerá una bienvenida
de esmeralda.
El jardín
que parece mustio
ahora,
potencias vivas guarda
que estallarán en rosas
cuando llegue la hora.
Amigo,
avisora el arribo
de las aves viajeras.
Ya las palmeras
danzan sus saludos
con ritmos
de júbilo.
Cuida tu tierra,
cálido corazón,
y espera.

Ohio, Enero de 1940

Gamboa, Emma. (1939). Sed sagrada. *Repertorio Americano*, 36(14), 217-218.

Sed sagrada

*Tú y yo corríamos por una pradera
de rumorosa grama.
Tuvimos sed y fuimos
en busca de agua clara.
Simplemente agua.
De una roca, bajo una piedra limpia,
surgió una fuente mínima
de fresca transparencia.
En el cuenco de tu mano bebí.
Las estrellas de tus ojos
sobre mi cabeza titilaban.
Y olvidé el tiempo y el mundo y los cielos
mientras de tu mano bebía el agua clara.
Y, oh milagro!, rosa, lila,
el agua se tornaba.
Y mi sed se quedó con los labios abiertos
porque tu vino encendió
otra sed en mi alma.*



Gamboa, Emma. (1939). Soledad. *Repertorio Americano*,
36(14), 217-218.

Soledad

*El alma penetró en la soledad
y de los misterios de la sombra,
suavemente, emergieron
azucenas de paz y claridad.
Al principio eran pasos de ciego,
zozobras; pero luego, y esto fué largo,
el alma halló su rumbo
y el silencio se hizo
compañero de gozo.*



Gamboa, Emma. (1932). Úruca. *Repertorio Americano*,
24(4), 54.



Úruca

Me han contado la leyenda
de las rosas de Noel,
es más lindo este milagro,
este tierno florecer.
Hoz invisible del viento
siega el pueril cosechar
jugando a cortar estrellas.
Verano sueña nevar.
¡Cuántas menudas guirnaldas!
Portal techado de azul,
incienso y hamaca suave
ya tienes, niño Jesús.
Traed cálices de oro,
Llenadlos con tanta flor
y brindemos—que la uruca
anuncia nacer de Dios.

Ciruelas, Dicbre., 1931.

Gamboa, Emma. (1932). Vuelco a la vieja gaveta...
Repertorio Americano, 24(4), 54.



Vuelco a la vieja gaveta...

Vuelco la vieja gaveta
y una ola de recuerdos
vierte su aroma
tras los papeles amarillentos.

(¿Para qué conservar el cadáver
de aquel sentimiento?
no se puede confiar el amor
a la frágil telaraña del tiempo).

Venga la llama a bailar
y devore poco a poco;
coronado de rosas amarillas
se consume en sus fauces mi tesoro.

El penacho del humo es tan tenue
como un pensamiento:
alma del papel en fuga
que se esfuma en el viento.

Cruje la presa blanca
entre las lenguas de oro.
Caen los despojos negros.
Amor que fué de la tierra
vuelve a la tierra hecho polvo.

Heredia, Dicbre., 1931

Gamboa, Emma. (1932). Y fue a casa del fariseo...

Repertorio Americano, 24(4), 54.

Y fue a casa del fariseo...

Y fue a casa del fariseo
y sentóse a la mesa.

Nardos sus manos. La dulzura,
como brisa al trigo,
le inclina un poco la cabeza.
Vuelan palabras:
¿Será vuelo de abejas?
Se hinchan los corazones
con tan preciosa carga,
—no es más pura la miel de colmena—
(oh linaje de David, tañías el arpa
y el Espíritu fluía de sus cuerdas).

Entra la pecadora.
La que dió su cuerpo en prenda
a la dicha pasajera.
Se arrodilla. Sus lágrimas bañan
los pies que solamente madre acariciara
y las hojillas de las hierbas.
Vuelca fino alabastro, y el unguento
hace lirios sobre sandalias viejas.
Y ella a su contacto se perfuma también:
¡si El es la flor de Galilea!

Bienaventurada mujer que besa esos pies
y los limpia con su cabellera;
Juan el Bautista que no bebía vino
decía: no soy digno de sus zapatos soltar las correas.
Murmuran los otros: lástima de esencia,
su valor bien pudo remediar alguna pobreza.
Dícese Jesús: a los pobres siempre tendréis con vosotros,
mas a mí poco podréis darme fiesta;
¿no es bien que mi cuerpo sea ungido
antes de darlo, en señal de Jonás a la tierra?

Y a la pecadora:
“Mujer, tu fe te ha salvado.

Has amado mucho y tu ofrenda es bella,
En medida de amor se perdona:
vé a gozar de paz verdadera”.

